

## LOS ULTIMOS AÑOS DE STEFAN ZWEIG EN SUDAMERICA

### I

SUS HUELLAS EN MONTEVIDEO: DE LA "CONFRATERNIDAD BALZACIANA" A LA "UNIDAD ESPIRITUAL DEL MUNDO"

Es a un escritor uruguayo a quien debo la idea de este ensayo. El me ha revelado una gran abnegación, una perseverancia ejemplar en el dominio tan rico, pero también tan olvidado, muy a menudo, de la cultura. Este ejemplo que he descubierto en el Uruguay, es la "Confraternidad Universal Balzaciana", fundada y dirigida desde muchos años por Santiago Gastaldi. Para un europeo, "servidor del Espíritu" y combatiente por la fraternidad humana, era una hermosa sorpresa, y aún un consuelo, encontrar en un país joven un núcleo de solidaridad supranacional, verdadero patrimonio de los países que gozan de una cultura ya antigua. Existen, en París, numerosas asociaciones cuyo propósito es ante todo perpetuar la memoria de un sabio, de un poeta, de un creador de valores éticos o estéticos, y conservar su obra que debe resplandecer, en la confusión del presente, siempre más lejos a través de las generaciones y los pueblos. Por no citar más de dos realizaciones de este género, de las que soy miembro fundador, la Asociación de Amigos de Romain Rolland y la de los Amigos de Han Ryner, proclaman dos grandes nombres de la verdadera Francia cultural. Pero su viva grandeza

está recubierta por las falsas luces de la gloria espectacular y pasajera.

Santiago Gastaldi tiene el mérito de haber constituido en su país (que algunos presumidos llaman “periférico”) una Asociación libre bajo la égida de uno de los más grandes trabajadores intelectuales del siglo pasado, de un pujante creador que nos ha dejado, en sus novelas, un mundo tan variado y complejo, conmovedor y trágico, como el mundo real que ha conocido, penetrado y *recreado* a su turno. La “Confraternidad Universal Balzaciana” que ha reunido las adhesiones de casi un millar de personalidades culturales, científicas y artísticas de diversos países europeos y americanos —desde un Albert Einstein hasta un Georges Duhamel— es la expresión de esa “buena voluntad” entre los hombres de la Paz y el Amor, bajo el signo protector de un espíritu creador: Balzac. Con la “*monomanía*” que caracteriza a los principales personajes de la *Comedia Humana*, Santiago Gastaldi se ha empeñado en reunir y clasificar lo que concierne a la obra de Balzac: desde el documento que pone en evidencia un nombre, un hecho o un lugar, hasta las tablas sinópticas, los estudios biobibliográficos y mapas muy preciso de un universo “ficticio”, pero cuyas raíces se hallan en la realidad que el autor ha denominado, como todo genio, con su lucidez y su comprensión dinámica.

Creo que esta “Confraternidad Balzaciana” es también una contribución a la acción internacional de los intelectuales y al acercamiento entre los pueblos, sobre todo entre los de América Latina y Francia. No olvidamos que de Montevideo han partido hacia los resplandores parisienses tres jóvenes fuerzas poéticas pertenecientes a generaciones distintas: Lautréamont, Jules Laforgue y Jules Supervielle. Tres franceses, oriundos del Uruguay, y que han desarrollado sus posibilidades creadoras en el ambiente cultural de Francia. Y comprendemos entonces por qué una Asociación Balzaciana ha surgido, naturalmente, en un país donde la influencia francesa no está limitada a la moda; por el contrario, ha penetrado

más profundamente, hasta las fuentes de la formación espiritual y de la solidaridad moral. En este sentido, el ejemplo de José Enrique Rodó —considerado como un discípulo de Renan, pero que ha seguido más tarde su senda personal— es bastante significativo.

Soy también deudor a Santiago Gastaldi por otro hecho, importante para mí; el de ser honrado con la amistad de Stefan Zweig. Visitando el pequeño museo balzaciano, he encontrado las primeras huellas en Montevideo del autor de *Constructores del Mundo*. Durante sus peregrinaciones americanas, Stefan Zweig hizo una breve estada en la Capital del Uruguay, para dictar una conferencia. Pero, ante todo, ha visitado la sede de la “Confraternidad Balzaciana”. Yo lo vuelvo a ver, en el cuadro verde y florido de Colón, caminando con su paso ligero, echando una ojeada al paisaje cercano, para hojear enseguida, febrilmente —al lado del bueno y vigilante guía que es Gastaldi— los legajos, los mapas, las ilustraciones y varias ediciones de la obra de Balzac. Cuando se sabe que Stefan Zweig tuvo que dejar precipitadamente Europa, en vísperas de la segunda guerra mundial, abandonando en Salzburgo y Londres, entre otras colecciones personales, una documentación de dos mil piezas concernientes a Balzac y su obra, se puede imaginar con qué interés examinó el acervo bio-bibliográfico acumulado en ese rincón hospitalario del Uruguay. Ha encontrado, seguramente, bastante “materia prima” para bosquejar el gran libro que él debía consagrar al genio arrebatado, al demiurgo que Dios ha legado la *Comedia Humana*.

¡Ay! quince meses más tarde —24 de febrero de 1942— Stefan Zweig nos ha abandonado bruscamente por ese doble suicidio que nos deja, aún hoy, perplejos y desorientados. Su *Balzac* monumental ha quedado inconcluso; sólo la primera parte fue definitivamente redactada. Zweig no pudo sobre llevar su “agotamiento”, para ir hasta el fin: otras fuerzas lo han abatido. Tengo la impresión de que si él hubiera perseverado, si se hubiera impuesto la tarea de terminar a

toda costa su *Balzac* —trabajando con la tenacidad de uno de sus héroes monomaniacos— Zweig habría dominado también la crisis moral que lo subminaba y habría afirmado con nosotros, sus numerosos admiradores y amigos, las esperanzas en un mundo nuevo, más justo y más humano. Podémos hacernos una idea de lo que habría realizado en su segundo *Balzac* después del esbozo, más bien psicológico de su primer *Balzac* que constituye con “Dickens” y “Dostoiewski”, el tríptico intitulado *Tres Maestros*.

En un artículo publicado hace muchos años, a propósito de este libro, yo escribía lo que sigue:

“Balzac ha sido testigo de la epopeya napoleónica. Una monstruosa voluntad de potencia hervía en su pecho. Una voluntad que propendía hacia lo absoluto, desdendiendo las menudencias, las cosas aisladas. Para no perder nada de la inmensa variedad del mundo, tuvo Balzac que simplificar y comprimir la vida. Para moldear luego tipos y símbolos: Nucingen es el banquero, Gobseck es el usurero, Horacio Bianchon es el médico... Todos los héroes de Balzac son como el acero, forjados por su única pasión, hasta el triunfo o hasta el fracaso. “La intensidad, la voluntad es lo único que interesan; ellas pertenecen al hombre, mientras que el éxito y la gloria nada significan, por pertenecer a la casualidad”. Esta frase de Zweig resume la filosofía práctica de Balzac. Sus héroes son, pues, monomaniacos: tienen una sola pasión. Si salen de su pasión, caen vencidos. Cualquier sentimiento, cualquier ilusión, cualquier instinto de la vida puede servir de tema a Balzac, pero que tienda a lo absoluto. Esta sed de lo absoluto conduce a Balzac hacia mundos supernormales, hacia esa realización mística de algunas verdades que apenas percibimos en nuestra vida cotidiana. Zweig investiga con delicadeza también la monomanía de Balzac que, en su espléndida pobreza, agobiado por las deudas, creó su propio universo: en los 80 volúmenes, ha fijado las realidades creadas por él al margen y hasta fuera del mundo que no quiso recibirlo. “En ningún poeta (pues la verdad es que este nove-

lista era, sobre todo, poeta) ha sido tan fuerte esa intensidad de absorción en su propia obra; en ninguno la alucinación ha estado más cerca de la verdadera ilusión"... A través de sus obras, Balzac se olvidaba de su inmensa sed de vivir, de ese deseo que latía en su ser. Su anarquismo era lúcido, voluntario, indiferente a toda moral o ante cualquier norma social. Igual que sus héroes, Balzac se derrumbó por el exceso de su pasión, por lo que podríamos llamar su "imperialismo"; quiso vencer las realidades sociales, creando sobre ellas un mundo propio en el que algunos millares de personajes "se devoraban entre sí, cual arañas encerradas en una olla".

"Balzac, como Dostoiewski, obstinábase en la concepción de la novela como enciclopedia del mundo interior. El elemento erótico, que predominaba en la mayor parte de los novelistas, si es que no ha sido reemplazado, por lo menos fue acompañado del elemento monetario. Balzac ha descrito las grandes luchas del dinero, en las que "se despilfarran otras tantas energías como las gastadas en las guerras de Austerlitz o Waterloo". El paralelismo con Napoleón es trazado por Zweig hasta el final del estudio, sin parecer forzado. Lo que Napoleón representa en la historia, lo representa Balzac en la literatura: una generación, una época. Nadie, antes de Balzac, intentó una empresa tan grandiosa. Su obra constituye una preciosa herencia para todos. Los dramaturgos podrán encontrar en ella centenares de motivos trágicos; y también los sabios se beneficiarán con la misma por haberles ofrecido tantos problemas psicológicos y tantas ideas "utópicas". Los poetas, empero, encontrarán en las novelas de Balzac la más valiosa de las minas. Balzac, por encima de todo, era un imaginativo, un visionario. El ha dicho: "El que en todo momento puede transformar sus pensamientos en acciones, es un genio". No ha terminado su obra, porque "se había sembrado demasiado a Dios". Pero, concluye Zweig, tal como apareció, su obra constituye un estimulante extraordinario y "el más grandioso de los ejemplos que una voluntad creadora podría encontrar en su ruta hacia lo inaccesible...".

Esta es la gran lección que la vida y la obra de Balzac nos ofrecen por la mediación de Stefan Zweig, que fue, él también, un luchador del espíritu y un intrépido creador de valores intelectuales y literarios. Si Balzac fue derribado por su propia carga de demiurgo, Zweig (dueño de sus instrumentos de psicólogo, de crítico y dramaturgo, pero perseguido en este vasto mundo por los tiranos "totalitarios", bestias feroces, embriagadas por la sangre, y que han buscado vanamente de parecerse al aventurero genial que fue Napoleón en tiempos de Balzac), tan profundamente humano, se suicidó. Ha puesto fin a sus torturas morales, en un momento de negación desesperada, reconociendo en su *Declaración testamentaria* que "hubiera precisado nuevas energías para recomenzar mi vida enteramente. Y mis fuerzas, como consecuencia de los largos años de peregrinación sin patria, se han agotado". El no podía afrontar más nuestro mundo, dominado por el odio y el asesinato en masa, y deseando a sus amigos "ver la aurora tras la interminable noche", finaliza con estas palabras: "Yo, más impaciente, tomo la delantera".

Pero la herencia de Stefan Zweig es la misma que nos han legado Romain Rolland, su contemporáneo y, en el siglo pasado, Balzac: *¡el incesante impulso hacia la acción!* Transformar nuestros mejores pensamientos y nuestros sentimientos idealistas, en acciones —individuales y colectivas a la vez—. Mantener, bien alto, esta llama de la voluntad creadora, por encima de los horrores de la guerra entre naciones, entre continentes, entre clases; por encima de las contingencias efímeras de la política, buscando siempre la ruta hacia lo *Absoluto*.

Esta ruta conduce, a pesar de todo, hacia las realizaciones positivas de la paz y de la fraternidad universales. Porque lo inaccesible de este *Absoluto* de Balzac fue también el sueño de Zweig y de otros compañeros, fortificando el fervor hacia las visiones de un mundo mejor, más justo y más bello, que conocerán las próximas generaciones.

Después de esta gran enseñanza del encuentro espiritual entre el creador de la *Comedia Humana* y el evocador de los *Constructores del Mundo* — en el museo de la “Confraternidad Balzaciana”, descubierto de una manera inesperada en un pintoresco suburbio de Montevideo — procuramos hallar otras huellas del paso de Stefan Zweig. Hojeando los diarios y revistas ilustradas de la época, el 13 y 14 de noviembre de 1940 particularmente, se puede reconstituir el itinerario del escritor (después de su llegada de Buenos Aires, con su segunda esposa, la joven esposa que siguió ciega y pasionalmente su destino) hasta su partida para Río de Janeiro (1).

---

(1) El libro de LEOPOLD STERN: *El suicida de Petrópolis*, conteniendo también los testimonios de Manuel García Hernández y J. Orlando Díaz (edit. Loran, Buenos Aires, 1944) interesa por los detalles concernientes a los últimos días de Stefan Zweig. El autor había vivido en la intimidad del escritor, con el que tuvo largas discusiones. El libro de Alicia Ortiz Oderigo (edit. Nova, Bs. As., 1945) es un buen estudio crítico de la obra de Zweig, que se desarrolla paralelamente al retrato moral y la concepción artística y social-filosófica sobre la vida y la muerte.

Es preciso hacer mención especial de los conmovidos testimonios de Claudio de Souza, vecino de Stefan Zweig en Petrópolis, que ha relatado sus conversaciones durante los últimos meses con el autor de “Mundo de Ayer”, sus sufrimientos morales, sus angustias, sus complejos reprimidos de exilado errante, que no podía olvidar las “marcas ignominiosas, las humillaciones” que tuvo que soportar en Europa, antes de su salida para América. Claudio de Souza cita estas líneas de Zweig: “Conocer en un Consulado a una humilde empleada que abreviase la espera, era más importante que la amistad de un Toscanini o de un Romain Rolland... Siento cada uno de los sellos estampados en mi pasaporte como un hierro candente, cada una de las preguntas y de los exámenes como una humillación”. Y añade que Zweig ha expresado con estas palabras “la cohibición en que lo había sumergido esta *capitis diminutio*, esta muerte civil con privación de la patria, de los derechos y la libertad de la que había hecho bandera y culto de su espíritu. En lo que se refiere al suicidio, De Souza evita los detalles “sensacionales”, e insiste sobre el drama moral de Zweig encuadrado en la gran tragedia de la cultura europea y de la humanidad sacrificada por los monstruos de la guerra.

Este libro, traducido del portugués al francés, con el título “Los últimos días de Stefan Zweig” (edit. Quetzal, México, 1944), está prologado por André Maurois, quien, en 1940, cuando Zweig fue a visitarlo a Nueva York, “se percató de que estaba herido de muerte”... Muchos hombres de corazón —añade— en el mundo entero, han debido meditar, el día en que supieron este doble suicidio, sobre una responsabilidad que es de todos, y sobre la vergüenza que supone para una

¿Quién podía prever su trágico fin, mirando su rostro iluminado por una sonrisa franca, cordial, en la cálida atmósfera de la primavera tan verdeante del Río de la Plata? Fue con la misma sonrisa que él vino hacia mí —en 1928 y 1930— en el parque de su fecundo retiro, sobre las alturas de Kapuzinerberg, en Salzburgo... Helo allí, atravesando la pasarela que une el hidroavión al muelle donde enseguida le rodean la comisión de recepción y los periodistas, siempre sonriente, pero también con su mirada de “cazador de almas”, que penetra más allá de las apariencias, a menudo vanas, de este mundo. Esa tarde, sobre el estrado del Radio City, sentado delante una mesita, escuchaba una “breve y conceptuosa improvisación del poeta uruguayo Alfredo Mario Ferrero”; pero, esta vez, sin la sonrisa radiante de la jornada. Parecía más bien agobiado por los grandes problemas de conciencia que va a desarrollar en la sala demasiado llena. Su mirada inquieta escudriñaba ese público, compuesto por inmigrantes recién radicados en el país o descendientes de colonos europeos, una mezcla de veinte o treinta nacionalidades, con bastante matiz indoamericano.

“*La unidad espiritual del mundo*”, la conferencia que leyó entonces, al comienzo de la segunda guerra mundial, se publicó más tarde, en un libro póstumo de ensayos y evocaciones. Podemos releerla con el mismo interés, pues el tema es siempre actual, eterno, en lo que concierne al destino

---

civilización crear un mundo en el que un Stefan Zweig no pueda vivir”.

El libro de Raúl de Azevedo: “Vida e morte de Stefan Zweig” (colección “Aspectos”, Río de Janeiro, 1942) contiene una biobibliografía y una compilación cronológica de informes, testimonios y artículos publicados en la prensa brasileña. Una serie de ilustraciones conservan el recuerdo de Zweig y su compañera, durante su estancia en Petrópolis y Río de Janeiro.

Cerramos esta nota con el folleto: “Stefan Zweig, gran europeo”, apareció mientras vivía aún en Nueva York, al comienzo de la guerra (Ed. de la Maison Française) y firmado por su amigo y colaborador, Jules Romains, también uno de los intelectuales europeos refugiados en América durante la guerra.

de la humanidad. Pero durante la Gran Matanza, Zweig debía confesar “la amargura y la tristeza que agobian a los hombres de su generación, confiados en una patria europea, única e indivisible... Se sentía en Europa como una cosa superflua, sufriendo por su impotencia frente al crimen de la guerra”.

¿Hablar sobre la unidad espiritual del mundo? Zweig consideró “Lo absurdo de este significado... en circunstancias en que ese sueño antiquísimo, tan querido, parece destrizado para siempre”. Pero: “el deber superior del intelectual es el de seguir fiel a sus convicciones, aunque la realidad las desmienta por el momento”.

Y desarrolló su conferencia con el fervor del visionario y la penetración del crítico que sabe sintetizar elementos contrarios, aparentemente irreconciliables: La crueldad de la guerra moderna; La conciliación unitaria; El mundo sufre un retroceso brutal; Significación del humanismo. (Los humanistas soñaban con un humanismo superior, capaz de llegar a un entendimiento firme entre los pueblos... No fue más que un sueño, pero hermoso y fecundo"... Un arte nuevo surgió: la música, que contribuye “a la unión de las almas en el mundo, mucho más que todas las palabras y las ideas”).

Y, después de otro examen crítico sobre las “ilusiones desvanecidas” y la técnica moderna al servicio del mal, Zweig expresó su esperanza en América: “Nuestra Europa tan querida, toda nuestra esperanza, se vuelve hacia ustedes"... Los pueblos de América viven del porvenir y no del pasado. “Será dado a estas naciones, herederas de la latinidad, continuar la magnífica concepción del universo. Europa no es ya el mundo. Todos los pueblos colaboran con nosotros”. Por el espíritu, no por la técnica puesta al servicio de la destrucción. “Sólo si creemos desde el fondo de nuestras almas en la posibilidad de una unidad espiritual del género humano, y sólo si

esa creencia adquiere poco a poco la energía de una religión, ese sueño milenario podrá convertirse en realidad" (2).

El periodista que ha sabido resumir la conferencia de Stefan Zweig, no olvida finalizar con esta frase un poco estereotipada: "El ilustre visitante fue objeto de una sostenida y calurosa ovación en testimonio de los nobilísimos conceptos vertidos"... ¿Quién podría sospechar entonces la amargura que roía el corazón del gran "desterrado" que, pese a su universalismo, no cesaba de evocar con una desgarradora nostalgia su "patria europea" y sobre todo su pequeña pero esencial tierra natal, su Viena lánguida y frívola, musical y refinada, lírica y sensual, artística y patriarcal al mismo tiempo?

Pero Stefan Zweig, al abandonar Montevideo, refrenó esta nostalgia, para declarar a los periodistas insaciables, con la generosidad que no excluye la sinceridad clarividente:

—"Creo que se está creando en América un orden particular de civilización, que está en su período de desarrollo, siendo sus posibilidades infinitas. Es lástima que los hombres de Europa no tengan una idea cabal de América, subsistiendo ideas fabulosas y antojadizas sobre estos países"... Zweig ha podido observar, en sus viajes americanos, que la América del Sur tiene "más comunión con el espíritu europeo —aún conservando sus virtualidades— que la América del Norte, que es un conjunto más definido y estructurado... Estos pueblos latinos tienden a la unidad continental y ello es un gran paso para asegurar la vida de las naciones pequeñas, que tienen derecho a subsistir como las grandes"...

---

(2) Este problema de la unidad espiritual ha preocupado siempre a Stefan Zweig. En una carta del 22 de octubre de 1925, me escribía: "Es preciso insistir ante todo sobre el hecho de que la unidad espiritual es una necesidad que debe surgir del interior, y no de un oportunismo material; debe evidenciarse como el efecto de una convicción moral, y es en este sentido que yo siento por usted y por su obra un sentimiento tan excepcionalmente fraternal".

EROS REDIVIVUS: "MUY ESTIMADO SEÑOR DOCTOR Y BIENAMADO ESTEBAN"...

He relatado algunas manifestaciones públicas del gran escritor a su paso por la capital del Uruguay. Pero —vuelvo a repetir— ¿quién podía prever el trágico papel que el destino reservaba *al hombre* cuyas obras han encantado a millones de lectores? (3).

---

(3) "El reposo de que parecía gozar no era más que aparente", escribe Antoine Bon (en "Mercure de France" del 1º de setiembre de 1947) analizando el libro de Stefan Zweig sobre Brasil, aparecido en versión francesa en Nueva York, 1942, durante la guerra. "Mas no es en el peligro ni en la lucha, que viene la desesperanza; es después, cuando uno se da cuenta que no ha podido salvar más que parte de sí mismo, cuando uno puede medir sus pérdidas".

Stefan Zweig no era ya lo bastante joven como para volver a empezar otra vida, para crearse un nuevo ambiente. Estaba agotado, "como si hubiera vivido no una, sino tres generaciones" —dijo él mismo—. Hombre de paz, la guerra le era insoportable. Escribió a su amigo Franz Werfel, otro escritor de la lengua alemana, también exilado: "Las gentes hablan, ligeramente, de los bombardeos. Pero cuando leo que las casas se derrumban, es como si yo mismo me derrumbara con ellas"... La guerra era para él la debacle de la humanidad entera. Y nos advirtió, proféticamente: "El horror vendrá después de la guerra, cuando el odio, desencadenado en los pueblos, levantará una clase contra otra, al individuo contra el individuo".

Proféticamente se ha expresado Stefan Zweig mucho antes. Ya en una carta de Salzburgo, del 27 de febrero de 1933, refiriéndose a "los espantosos acontecimientos de Alemania", me escribía: "El fascismo alemán se volverá más enérgico, más decidido, más feroz y más despiadado que otro cualquiera, y por eso sentimos más que nunca el olor de la guerra. Lo que nos es necesario hoy, es resistir interiormente; y la amistad espiritual debe indemnizarnos por muchas cosas".

"¡Qué mundo! ¡Qué época de locura! — exclamaba en la carta del 14 de octubre de 1931, que me mandó desde Suiza, junto con su prólogo a mi novela "Mirón el Sordo", después de una visita a Romain Rolland. Y agregaba: "Espero, sin embargo, que el sufrimiento en todos los países será fértil para la razón; solamente si la razón vacila aún mucho tiempo en actuar, será demasiado tarde".

La guerra civil precede y sigue a la guerra entre Estados. Cuando Dollfuss, el canciller de Austria, dio el orden de fuego sobre las grandes realizaciones edilicias de Viena, Stefan Zweig me escribía: "He oído vibrar en Viena los vidrios de las ventanas a causa de los cañonazos dirigidos de una manera tan absurda contra las casas de los trabajadores —una de las más grandes y dementes acciones de estos nuevos tiempos—, y por poco que esté animado por sentimientos patrióticos, me siento avergonzado de que esta estúpida masacre entre hermanos haya ocurrido precisamente entre nosotros" (carta del 15 de febrero de 1934).

El doble suicidio, en el bello refugio de Patrópolis (Brasil), permanece para todo el mundo, si no como un "misterio", al menos como un gesto que desafía las normas de la moral convencional. Cabe recordar así el testimonio de la gran poetisa chilena Gabriela Mistral, en una entrevista de Santiago del Campo (revista "Catholic Digest", reproducida en "El País", Montevideo, 4 de febrero de 1954). Hablando de Stefan Zweig, su rostro cambió, entristecido: "Recuerdo que vivía en Patrópolis, en mi misma calle. Todavía no he podido saber bien porqué se mató. Me lo he preguntado mucho... Era un hombre *fino*, un gran señor. Retraído, de gran bondad. Con su mujer formaban una admirable pareja. Ella vivía pendiente de él, cuidando de que tuviera paz, atendiéndolo con verdadero fervor. Pero él no hacía más que hablar de Europa, de Alemania; sobre todo de Alemania. Era su obsesión. Un día me preguntó cómo podría quitarse ese pensamiento devorador. Le dije que las flores de Brasil eran muy hermosas y que se preocupara de las flores. Una vez nos invitaron a ambos a un banquete oficial. Lo encontré y lo primero que hizo fue rogarme que lo acompañara a los balcones, desde donde se veían muy bien las flores de un jardín. Allí se detuvo mirando hacia afuera. Tres veces le repetí de que entráramos. *Un momento*, me pedía, *sólo un momento más*. Miraba y remiraba las flores"... Gabriela Mistral se detiene, como si ella también estuviera frente a un jardín — Jardín amargo. Continúa recordando: "Zweig: uno de mis muertos. Hay algo que no sé si es cierto, pero alguien me lo contó. Dos días antes de su muerte, salió a la calle con un periodista. Se detuvo en una florería, mirando unas flores con verdadera obsesión. *Me gustaría mandárselas a Gabriela*, dijo. *¿Por qué no lo haces?* preguntó el otro. *Mejor no*, repuso Zweig: *sería un mal augurio para ella*. *¿Se refería a su muerte? No lo sé*...

¿Mal augurio un ramillete de flores, para una sensibilidad tan profunda como la de Gabriela Mistral? Otra mujer, poetisa también, pero desconocida, oriunda de Alemania, re-

fugiada en el Uruguay como tantos perseguidos por el racismo, ha vislumbrado este “mal augurio” en los ojos infinitamente tristes de Lotte, la segunda esposa de Stefan Zweig. En una extensa carta acerca del Gran Europeo, la señora Lía de G. me escribía (12 de junio de 1955) que se sentía responsable, “amargamente culpable” por no haberlo advertido de inmediato, como a un hermano, del inminente peligro. ¿Cómo lo sabía? “He visto en el diario (días antes de su conferencia en Montevideo) una de sus últimas fotografías, al lado de aquella esbelta y delicada mujer que le siguió en la muerte, y en esta imagen he percibido de pronto la tremenda desgracia... Mira, dije a mi esposo, esta mujer lleva en sus ojos la muerte cercana. ¿Y él?... Debo escribirle sin tardanza”. Bajo la obsesión de aquellos ojos “de una tristeza mortal”, la señora de G. ha escrito a Zweig una carta patética, tratando de insuflar —a este conocedor de los hombres, al autor de *Curación por el espíritu*— valentía, dominio de sí mismo: “Animo, más ánimo, siempre más ánimo... La vida es única para cada uno... No sea, Stefan Zweig, un desertor de la vida, del alma viva que todo lo puede sobrellevar... Sólo el amor espiritual es eterno. Nada y nadie nos lo puede arrebatar, ni el fuego ni la espada”... Quisiera transcribir enteramente esta carta —conmovedor ejemplo de la fraternidad, tan ignorada, entre lectores y autores — carta que no llegó con tiempo a manos del impaciente destinatario que “tomó la delantera”. Y otra vez recuerdo las palabras de aliento que el mismo Stefan Zweig me dirigió en 1940, desde Buenos Aires a Bucarest, donde yo vivía bajo el terror del régimen nazi-fascista: “hay que tener paciencia y coraje”.

He hojeado cartas viejas y la prensa, vanamente: los detalles personales, por interesantes que sean, no dan la llave del drama. Pero la *Declaración* testamentaria es demasiado emocionante por su sinceridad, para no ser aceptada por toda conciencia que respete la confesión de un hombre en víspera de su muerte.

El azar me ha revelado otras huellas del paso de este peregrino apasionado. Huellas que, quizás, aclaren interiormente el brusco desenlace de la vida del autor de *Secreto quemante* y de tantos otros cuentos concernientes a los enigmas del alma femenina. En la sala repleta la tarde de la conferencia de Stefan Zweig, se encontraba una dama, una vienesa recientemente inmigrada que, pese a haber traspasado los cincuenta años, conservaba en sus mejillas bastante fresca, en el destello inteligente de sus ojos y en sus movimientos suficiente vivacidad como para desmentir su edad. Con qué intensa atención escuchaba la voz del ilustre escritor, con qué sentimiento, sobre todo, podemos comprender si leemos la carta en alemán que le envió un día antes y de la que doy una traducción fiel:

“Muy estimado señor Doctor y bien amado Esteban:

Cuando he leído aquí, sobre los afiches, vuestro querido nombre, tan amado y admirado por mí y célebre en el mundo entero, mi corazón palpité de orgullo y de alegría. Me atrevo a dirigirme a mi amigo de juventud, tan amado, y al glorioso poeta, expresándole los más cordiales saludos en ocasión de su llegada a Montevideo.

Después de innumerables dificultades y luchas dolorosas, tengo suerte: un viento favorable me dirigió hacia estas riberas y he desembarcado aquí —sola, completamente sola— como un alma huérfana. Mi padre, mi madre, mis hermanos, todos murieron. Mis otros parientes se han dispersado por todo el mundo, no sé donde. Así, pues, estoy aislada, solitaria, abandonada entre esta tierra amargamente extraña. Pero, es menester resistir valerosamente y mantener la frente alta.

Mañana, nuevamente le veré y oíré hablar, después de tantos años. Su rostro tan amado despertará recuerdos, los más dulces, del tiempo dichoso en que yo era una jovencita —y viviré minutos llenos de ternura que un destino benevolente me había otorgado— y por lo que le estoy infinitamente agradecida.

Y debe usted saber que, entre toda esa multitud que mañana, con profunda admiración y recogimiento, escuchará sus palabras, un corazón va a latir con más prisa, en su fervor hacia usted, lleno de orgullo y de felicidad, lleno de los más felices recuerdos de aquella calle Koch, número 8, de Viena, el corazón de su pequeña amiga L... de antaño, con amor y admiración...'

Recibí la copia de esta carta de la misma signataria, que conocí en diciembre de 1947, algunos días después de mi llegada a Montevideo. Fue, como toda cosa curiosa en este mundo, por puro azar. Había visitado a una familia, para entregar una carta enviada por un pariente de Europa. Una señorita que se encontraba allí, al saber que había traducido al rumano las obras de Zweig, me dijo que tomaba lecciones de francés y piano con una señora que vivía sola en un apartamentito del 20º piso de un rascacielo situado en el centro de la ciudad. "Ella también conoció a Zweig"... Desde luego, después de una llamada telefónica, fui a verla, con mi esposa. Al comprobar que yo había sido un amigo del gran escritor austriaco, quedó eliminada toda reserva de parte de esta vienesa, que no tenía más que 15 años, "antes", cuando ella conoció al brillante poeta de 26 o 30 años. Yo escuchaba sus confidencias, que venían espontáneamente a sus labios. Para no traicionar mis propios sentimientos, miraba a veces por las ventanas abiertas en los cuatro lados del apartamento, situado en la torre del edificio, y que parecía suspendido en el infinito. Montevideo me ofrecía la visión circular de sus grandes barrios divididos en cuadrados menudos, con la vasta desembocadura del Plata, con su puerto y su rambla y, en el otro horizonte, las verdes manchas de sus parques y la línea ondulada de las cuchillas. Y, en el cielo, la incesante metamorfosis de las nubes grises y plateadas...

Algunas veces, un brusco rubor aparecía en las mejillas de la dama: recuerdos demasiado íntimos la invadían, y ella no de la dama: recuerdos demasiado íntimos la invadían, y ella no

podía refrenarlos. Su sinceridad era, frecuentemente, cruel. No velaba sus palabras.

—Fuí una de sus más íntimas amigas —me dijo mirándome con sus ojos de azul acerado— cuando él avanzaba hacia el punto culminante de su carrera. Su carácter era un conglomerado de idealismo, de gusto artístico, de sarcasmo, de erotismo y perversidad brutal. Como escritor célebre, que era también muy rico y gozaba de una interesante apariencia personal, fue un favorito, muy mimado por las mujeres y las jóvenes de la alta sociedad vienesa. Amaba también a los artistas jóvenes como Hugo von Hofmannstahl, a los pintores como Kokoschka, Cinsky, etc. A menudo me hablaba, entusiasmado, de la plástica belleza, corporal, de los jóvenes ingleses y americanos que había conocido a bordo de los transoceánicos durante sus viajes alrededor del mundo. Quería gozar, abrazar el mundo entero y vaciar hasta el fondo la copa de la vida...

Y, dirigiéndose a mi esposa, le dijo en voz baja:

—Al lado de este hombre, el alma de una joven inocente —como yo era en aquellos años ya lejanos— no podía mantenerse inmaculada...

Para desviar sus confidencias, he creído hacer bien preguntándole a esta mujer —solitaria, a pesar de sus alumnos que vienen a tomar su lección de francés, inglés o alemán— qué pensaba de la conferencia de Stefan Zweig. Fue otra confesión, de una firmeza dolorosa, que afronta los estragos del tiempo. Reproduzco sus palabras, según lo que he anotado en el lugar:

—Antes, estaba orgullosa y alegre de ir a escucharlo. Pero cuando, llena de expectación, volví a verle aquella tarde, durante la conferencia, quedé profundamente conmovida. Stefan Zweig, al que había conocido como un joven poeta, esbelto, elegante, confiado en sí mismo, de movimientos ágiles, se había convertido en un hombre viejo. Su rostro estaba pintado de una manera sorprendente, con los pómulos relajados, brillando sus ojos con un destello falso, inquietan-

te. Me dio la impresión de llevar una máscara... Este no es más mi Esteban de antaño; era el *sustituto* de un Zweig que deseaba parecer aún joven, con un disfraz superficial, sabiamente arreglado, pero cuya vulgaridad no escapaba a mis ojos de conocedora y sobre todo a mis sentimientos. El traicionaba así su desordenada vida interior, arruinada, su combate por retener vanamente la ilusión de la juventud perdida. Pero, era a causa del cuerpo decaído, que no podía mantenerse más en competencia con el espíritu todavía centelleante del gran escritor. Su estado de alma fue perturbado al desarraigarse de su patria y por la humillación de su raza, que lo enfermaron y lo obligaron a desviarse por otras rutas... Esto también explica, para mí, el suicidio que siguió poco después. Sus perspectivas para el porvenir eran grises... Hasta el fondo de su ser interior, se sentía desequilibrado, destruído, quizás demasiado fatigado también con respecto a la producción intelectual. Es por eso que él quería preparar su partida. Partir a tiempo y de una manera dramática. La joven esposa que vivía a su lado no debía advertir nada de su decadencia, ni experimentar nada de lo que le torturaba. Ella debía probarle su amor, yendo con él hacia la muerte — y esto es lo que daba más impulso aún a su loca ilusión... Su conferencia estaba impregnada de una pesada, de una aplastante melancolía. Cada palabra, cada pensamiento, cada gesto expresaba la negación de la vida. A causa de su salud profundamente resentida, su espíritu elevado no podía mantenerse más en un estado de equilibrio y confianza y, de la deslumbrante altura cayó en el abismo, destrozándose... Estos escombros del Espíritu jamás pudieron ser reunidos en un conjunto normal. Genio y locura, ya se sabe, están íntimamente emparentados. Stefan Zweig fue empujado por la locura hacia la muerte. Es mi opinión definitiva, que no es posible contradecir...”.

El testimonio de esta mujer que, aunque no lo parezca, es realmente una de las heroínas cuya alma palpita en los turbadores cuentos que Zweig nos ha legado en sus recopilaciones.

ciones: *La Cadena* y *Calidoscopio*, es demasiado preciso por su *verdad vivida*, para osar contradecirla. Las páginas que ella misma me ha confiado más tarde, constituyen una prueba evidente.

Cuando nos despedimos, agregó bruscamente:

—No puedo vivir más aquí. Creo que partiré... al Brasil.

Me incliné en silencio. ¿Qué buscaba aún esta solitaria, cuya familia ha perecido en el infierno de la guerra nazista? ¿Qué encontrará allá lejos? Tuve la visión de un cementerio bajo los árboles tupidos de Petrópolis, donde reposan juntos el autor de *Amok* y la última mujer que amó...

*Impaciencias del Corazón*, la primera y última novela, aparecida en 1939 cuando Stefan Zweig abandonó Salzburgo, ya dominado por los nazis —en su gran vagabundeo por Suiza, Francia, Inglaterra y las dos Américas— es, no obstante, una prueba más de las potencias creadoras del psicólogo y del retratista, del narrador y del crítico. Ha comprobado de este modo que podía superarse, por no estar preso de ninguna fórmula o escuela literaria. El motivo central, dinámico, de esta novela es la compasión. Ilona, joven parálitica, es la heroína apasionada, que exige el amor y no la compasión del oficial con el que se casó. Y se suicida, arrojándose desde la terraza del castillo, impulsando su cuerpo inerte con la voluntad exasperada de un alma torturada por ansias, dudas y anhelos inaccesibles.

Pensando en esta novela, me preguntaba a veces si no hay cierto paralelismo entre Ilona y Lotte, entre el oficial y el autor mismo. Según las aseveraciones de Federica, su primera esposa, y otros comentaristas, Stefan Zweig *vivía* el tema de sus obras, poseído sobre todo por los sentimientos mórbidos de los personajes. Lotte, su secretaria tan fiel, tan sumisa, toda devoción y adoración para con su “patrón” ¿no sería, acaso, una segunda Ilona, pero en sentido contrario: la pasión volviéndose sumisión, la mujer llegando a ser un robot de trabajo, de minuciosos cuidados y de inagotable

ternura que no se atreve a clamar sus deseos, sus ansias amorosas? ¿Y fue siempre la compasión la que impulsó a Zweig a unirse con su secretaria, que no podía ser *una compañera* en el sentido elevado de la palabra, igual en inteligencia y aspiraciones creadoras? O, quizás, él quiso vivir una “segunda juventud” con una mujer que era más bien *su cosa*, la obra que él podía moldear, siempre bajo el ímpetu enfermizo de la compasión, insuflándole su voluntad, su ánimo y sus inquietudes, como un alfarero que da forma y sentido a un puñado de arcilla...

A estas preguntas, nadie puede contestar de otro modo que con suposiciones, tanteos o comparaciones. Pero lo que es cierto, es que hasta en su compasión —tal como resalta en *Impaciencias del corazón*— Stefan Zweig ha manifestado enteramente sus dones de escritor y *de hombre*. Pese al título de la novela, su compasión es también creadora, llena de paciencia, sabiendo lo que quiere, compartiendo los padecimientos de los semejantes y “dando todo, hasta el último agotamiento de las fuerzas propias, y aún más allá de las mismas”.

¡Amok! Esta palabra de pánico y horror resuena como una negación, como un sarcástico mentís a las cavilaciones anteriores. Releyendo *Amok*, he comprendido al fin que el mismo autor ha sufrido esta terrible enfermedad, persiguiendo las almas de los genios, de esta fiebre tropical que empuja al desdichado siempre más lejos, con el *Kriss* mortífero en el puño, hasta la caída final. Stefan Zweig ha recorrido el mundo terrestre y el universo moral e intelectual, impulsado sin tregua por esta fiebre del cazador, transpuesta al plano superior del Espíritu. “Y cayó en el abismo, destrozándose”... como me decía su amiga de juventud. Y es también en su cuento *Amok* que otro traductor, de este lado del Atlántico, Alfredo Cahn, ha buscado al mismo tiempo que yo una explicación de la “mentalidad” universalista de Zweig. Cita estas líneas de *Amok*:

“Los casos psicológicos misteriosos ejercen sobre mí un

poder casi inquietante; el deseo de descubrir relaciones me excita profundamente y gente extraordinaria puede, por su presencia, despertar en mí una pasión para comprenderla” (aditamento a la versión castellana de *Jeremías*, editorial “Anaconda”, Buenos Aires, 1945).

Nadie podía atestiguar mejor esta pasión inquietante, agotadora, que Federica Winternitz Zweig, la colaboradora fiel e infatigable, que continuó siendo su confidente aún después de la separación. He esbozado en uno de mis “Medallones europeos” (4). La figura de esta dama que asistía, silenciosa, a mis conversaciones con su esposo, en Salzburgo. Discreta y comprensiva, me parecía que dominaba a los interlocutores con su silencio que era, sin embargo, activo, como una participación cordial, matizada de indulgencia... Era una presencia de alma: un espíritu que yo sentía tutelar, una conciencia voluntaria, esclarecida por una lúcida y generosa solidaridad con las grandes causas, que son las de la tragedia de los pueblos y del destino de la humanidad”.

En dos libros, uno de recuerdos y otro de cartas (5), ella podría ofrecernos revelaciones “sensacionales”. ¡No! a pesar de su amargura, Federica M. Zweig ha trazado más bien el retrato moral y ha analizado la obra de aquel a quien ella ha servido y cuidado con tanta devoción durante largos años en su pintoresca residencia de Kapuzinerberg. No faltan en estos libros duras verdades. Dice Federica, por ejemplo, que Stefan fue “un pesimista”, un neurótico irritable, sufriendo depresiones y una fatiga excesiva”. Es algo más que una mera coincidencia que él haya preferido siempre describir genios demoníacos y desdichados como Balzac, Dostoievski, Nietzsche, Hölderlin, Kleist... Pero “la unidad de su obra, bien construida, ocultaba ese mal en permanente efervescencia”.

---

(4) Publicado también en *Liber Amicorum Friderike Maria Zweig*, en su 70º aniversario, 4 de diciembre de 1952, editado por el profesor Harry Zohn, Brandeis University, Waltham, Mass. E.E. U.U.

(5) *Stefan Zweig: Wie ich ihn erlebte*, Neuer Verlag, Stockholm, 1947, 434 págs. y *Ein Briefwechsel: Stefan Zweig/Friderike Zweig* (1912-1942), A. Scherz Verlag, Berna, 1951, 358 págs.

Esto es lo que importa, por encima de todas las conjeturas psicológicas, por encima de la miserable "condición humana" que no perdona ni a los más felices y meritorios mortales: la obra realizada. La obra de Stefan Zweig se eleva por encima de su drama personal. Queda, con sus figuras ficticias o reales, como el testimonio emocionante de una gran fuerza espiritual, que penetró más allá de las apariencias momentáneas, hasta las fuentes eternas de la vida, que nutren con la misma generosidad a una lombriz ciega o a un vidente genial.

### III

"JEREMÍAS", "BRASIL, PAIS DEL PORVENIR", "LO ACUSABAN DE JUDAISMO"... UNA TUMBA EN PETROPOLIS

Algunos lectores me han preguntado sobre la posición de Stefan Zweig ante su propio pueblo y la relación que tiene su obra con el judaísmo. No son pocos los que creen que Zweig se ha separado del judaísmo, o por lo menos que lo ha "ignorado" en su vida y su obra. Otros, imbuidos del tradicionalismo rabínico, niegan a este escritor la cualidad étnica y ética de judío, argumentando simplemente que su suicidio en Sudamérica sucedió mientras millones de judíos perecían en los países europeos dominados por el nazifascismo.

Desde el principio, expreso mi convicción de que este "Gran Europeo", este espíritu universalista no se ha separado nunca del pueblo judío, de su destino histórico, de su ética, de sus ideales de paz, justicia y libertad. Toda su obra, sus narraciones y biografías, están impregnadas de las cualidades psíquicas, analíticas y críticas, de la agudeza y la lucidez de una milenaria disciplina intelectual que caracterizan a los verdaderos representantes del judaísmo. Porque el judaísmo tiene valores permanentes, que circulan, como la sangre y el aire vivificantes, en todos los dominios de la cultura universal.

Es suficiente recordar a los que dudan de esta opinión mía, que Stefan Zweig es el autor de *Jeremías*, una patética

obra dramática. El profeta bíblico nos habla a través del verbo de Zweig con la misma pasión anhelante de justicia sobre la tierra y de paz entre todos los seres humanos.

Los libros de los Profetas pueden ser releídos por cualquiera y en cualquier circunstancia. Sobre todo en las grandes horas del destino individual o colectivo, resuenan —en lo hondo de las conciencias estremecidas— las voces de los antiguos sabios, visionarios o rebeldes, “enviados del Señor” o protectores del pueblo. Su verdad es deslumbrante, su advertencia exige siempre obediencia, su anatema persiste inextinguible sobre los continentes y siglos; su consuelo es cálido como la vida de la cual ha surgido, transmitido de una generación a otra como imperecedera herencia del coraje, de la esperanza y la voluntad de salvación. Isaías, Jeremías, Oseas, Amós —todos los diecisiete profetas del Antiguo Testamento— están presentes en los acontecimientos que vivimos. Repetimos sus palabras amargas o ardientes, duras o aladas, olvidando a menudo su primera fuente, creyendo que ellas han brotado de nuestra propia vivencia, frutos siempre renovados en el árbol sacudido por las tormentas de la historia.

Innumerables son las versiones o variantes inspiradas en los libros de los profetas y apóstoles: novelas, dramas, poemas. Cada gran escritor (también muchos pintores, escultores y hasta músicos) han expresado por lo menos una de esas figuras. De sus figuras espirituales, pues ¿quién ha conocido los rasgos de un Migueas, de un Joel, de un Zacarías? Pero sólo los que han respetado su verdad original, han logrado realizar una obra tan viva como las palabras del profeta elegido como personaje principal.

Este ha sido también el acierto de Stefan Zweig con su pieza *Jeremías*, que he releído por azar, en una noche de trece, durante la segunda guerra mundial. He verificado así la profunda emoción que experimenté cuando la leía por primera vez, hace muchos años. Esa emoción era la misma, tenaz, como una herida que no quiere cerrarse definitivamente. El novelista, biógrafo y crítico Stefan Zweig ha comprobado

con su *Jeremías* sus dones de poeta y dramaturgo, eligiendo el "héroe" que corresponde enteramente a su cualidad esencial: lo patético. Gracias al autor de tantos retratos literarios y psicológicos de la época moderna, el bíblico Jeremías llegó a ser nuestro contemporáneo. Su voz retumbó también durante la gran matanza de 1914-18. Zweig ha escrito el drama en 1916. Para poder expresar la tragedia de los pueblos durante la guerra europea, de una manera más libre que la permitida entonces por las restricciones de la censura militar, ha tratado un tema antiguo, dándole un carácter a la vez histórico y simbólico, universalmente humano. La tragedia de los pueblos, pero también la tragedia del pueblo de Israel en su país y en todo el mundo, desde el principio hasta nuestros días.

Y quien lee este *Jeremías*, gigantesca encarnación de todas las pasiones, de las iras y desesperanzas personales y sociales, experimenta el sentimiento de que oye la voz antigua, que irrumpe a través de los 57 capítulos bíblicos como la lava que surge de un volcán en apariencia apagado. Ese volcán no podrá apagarse hasta que el Señor no haga justicia en esta tierra y los hombres no se amen los unos a los otros, como hermanos.

Citemos dos fragmentos de *Jeremías* de Zweig, en traducción más bien libre (\*). Ni siquiera el autor ha forzado su verso en la métrica académica. Lo dejó surgir, saltar, quebrarse y palpitante como una llama, crepitante de imprecaciones, espumante como las olas revueltas. Después de la derrota de los judíos por los caldeos y la caída de Jerusalén, Jeremías, rodeado por los que le torturaban de sus profecías —realizadas pese a todo— se rebela contra su Dios:

"...Pero yo me desdigo.  
No obro más tiempo según tu deseo,

---

(\*) Versión castellana de Alfredo Cahn, Ed. Anaconda, Buenos Aires, 1943.

no pleiteo más, no sigo esclavizando.  
Mi corazón no es por más tiempo hogar y casa para Tí,  
te arrojé de tus cielos.  
Como Tú a tu pueblo, expulsé yo a Tí,  
por duro odiador, por impío,  
pues un Dios que escarnece en vez de ayudar  
no merece que se le proclame ni quiera.  
¡Sólo el que aparta la pena, es Dios,  
Sólo el que prodiga consuelo, puede ser Todopoderoso!  
Oh, lo sé, lo sé, sólo es profeta  
aquel cuya mano siembra el amor eterno,  
cuya alma es marea de gran misericordia,  
cuya alma es ardor de toda la cálida  
sangre inocentemente derramada,  
y cuyo corazón está consumido por amor inconmensurable.  
Oh, lo siento, lo siento, yo puedo ser uno,  
pues las voces que sin ser oídas hacia Tí se levantan,  
penetran como llamaradas en mis adentros.  
Me llama la ciudad que, iracundo, incendiaste,  
me llama tu pueblo que, odiando, desterraste,  
me llaman las viudas que Tú has creado,  
me llaman las madres que Tú doblegaste,  
me llama el Rey que Tú cegaste,  
tu altar, el que Tú mismo ultrajaste;  
desde cuevas, desde el aire me han sido enviados  
mensajes resonantes de sufrimientos atroces;  
los vivos llaman, me llaman los muertos,  
mi alma los escucha, y se ha dado vuelta:  
apartóse de Tí que odias y eres inclemente,  
y entumeciste, convertido en ídolo de tu orgullo,  
y unióse a las hermanas, unióse a los hermanos  
vestido de pena, humillados por sufrimiento.  
Sólo a ellos, a ellos sólo  
se abre mi corazón, se abren mis brazos,  
y ante su dolor me inclino, ante el sufrir doblo la rodilla,  
porque te odio, Dios, y sólo a ellos los amo”.

Pero, frente al anciano que lo acusa de blasfemia e incita a la muchedumbre a la pedrea, frente a la plebe horrorizada, que le mira como a un loco delirante, muy peligroso

aún si sólo lo escucharen, Jeremías despierta, se retracta,  
cae de rodillas y suplica a la multitud:

¡Hermanos, hermanos, perdonad, perdonad!  
¡Oh, cómo siento ahora que sois hermanos,  
y yo el menor, el más insignificante de todos!  
Oh, dejadme ahora, queridos, hablar del amor solamente  
y compartir, dichoso, el pan de vuestra desventura.  
Oh, permitid, hermanos míos, graciosamente,  
que os quiera, que os pertenezca;  
nunca más mi palabra, lo juro, lo juro,  
tornarás contra vosotros insolente y advirtiéndolo.  
La peor, la más baja faena quiero cumplir  
que como castigo y tormento me imponéis  
quiero besar el polvo de vuestras plantas,  
ser el mísero siervo de vuestros esclavos.  
¡Oh, hermanos en las tinieblas, hermanos en la desgracia,  
notad mi remordimiento, mi humildad,  
y perdonadme, hermanos, perdonadme, perdonad!...

Así, casi todos los episodios bíblicos concernientes a Jeremías están transpuestos en la obra de Zweig de una manera tan conmovedora, que es imposible para un lector asiduo de las Sagradas Escrituras, no sentir también en el drama moderno la presencia del espíritu combativo de los Profetas y la tragedia del pueblo de Israel (7).

(7) "La proximidad se establece con esa dignidad y esa amplitud de las que da muy buena idea el "Jeremías". Zweig es judío en la medida en que el judaísmo coincide con el pensamiento contemporáneo más evolucionado y progresista"... ¿Hay en el judío la posibilidad de un hombre libre?... Zweig se inclina ante esa milenaria solidaridad de los judíos hacia lo que les está predestinado. Cree en el poder de la fe... Esa nueva fe puede estar constituida por la conciencia y hasta el orgullo de aquel destino de infortunio" (BERNARDO VERBITSKY en *Significación de Stefan Zweig*, ed. Soc. Hebreaica Argentina, Buenos Aires, 1942).

El estreno del "Jeremías" tuvo lugar en Suiza, durante la primera guerra mundial. Es el primer drama de un poeta de lengua alemana, que expresaba entonces su firme repudio a la violencia, sin equívoco alguno. Richard Friedenthal, amigo y biógrafo de Zweig, que ha publicado algunas de sus obras póstumas ("Balzac", "Montaigne"), escribe que "Jeremías" es una creación surgida de los bienes espirituales judíos, de los cuales Zweig ha tomado también una serie de

La amplia narración *El Candelabro enterrado* es otra prueba de la afinidad de Zweig con el judaísmo. Este candelabro que no puede ser propiedad de ningún amo temporario, este símbolo de la fe que queda enterrado, es la expresión de la concepción monoteísta de la ética judaica, que no acepta ídolos, sino la eterna realidad del Espíritu creador.

Si recordamos también los cuentos *Buchmendel* y *Sarah juzga a Dios*, y finalmente el gran libro de recuerdos *El mundo de ayer*, en el cual hay páginas sobre el martirio de los judíos bajo los regímenes totalitarios en Europa, y otras sobre sus propios sufrimientos (que tienen como causa inicial su origen judío), no cabe duda de que Stefan Zweig pertenece al judaísmo, como uno de sus mejores forjadores de obras literarias, críticas y biográficas, integradas a la vez en el conjunto de la cultura moderna, de amplitud universal.

Ciertos tradicionalistas, demasiado apegados a las antiguas formas de una religión, suelen rechazar como herejes, como renegados, a los que no siguen ciegamente los imperativos, más bien rituales que éticos, de la fe heredada. Especialmente, cuando se trata de los creadores de valores culturales, que sobrepasan los límites consagrados por la teo-

---

leyendas: "Pero ya desde entonces el poeta no veía en el destino judío un suceso particular, aislado, sino un ejemplo de la eterna oposición entre la violencia y el individuo libre. Este puede ser derrotado aquí, en lo terrenal, igual que Jeremías y su pueblo. Pero "el pueblo perdido" se convierte en "espíritu inmortal". El capitán de los caldeos, que contempla asombrado el éxodo de los vencidos, debe reconocer él, el victorioso: "No se puede vencer al Invisible. Se puede matar a los hombres, pero no al Dios que vive en ellos. Se puede subyugar a un pueblo, pero nunca a su espíritu". (De la conferencia "Stefan Zweig y el pensamiento humanista", dictada en la Universidad de Berlín, el 11 de junio de 1948 y publicada en el libro colectivo prologado por HANNS ARENS: *Der grosse Europäer Stefan Zweig*, en ocasión de su 75º natalicio, ediciones Kindler, München, Alemania, 1956. Otra recopilación de varios testimonios se publicó con un prólogo de ERICH FITZBAUER: *Stefan Zweig - Epiegelungen einer schöpferischen Persönlichkeit*, Bergland Verlag, Viena, 1959, bajo los auspicios de la "Sociedad Stefan Zweig" fundada en la capital austríaca por amigos y estudiantes de su obra).

cracia que se cree guardiana de las “normas” ancestrales e intérprete de la “sabiduría divina”.

Para dar un ejemplo célebre —y sin salir del dominio literario— recordamos el caso de Enrique Heine. Quien persiste en la creencia de que Heine es un renegado del judaísmo, tiene que releer sus escritos judíos. Es así, precisamente, que los tituló el erudito y fino literato Luis Laloy: *Écrits juifs* (colección “Judaïsme”, París). El seleccionó y tradujo una serie de poemas que evidencian este hecho: Heine permaneció “judío de corazón”. Sus poesías con temas tomados de la Biblia y de la historia de Israel, o con elementos específicos del carácter judío, están consideradas como las mejores de su obra. El bautismo no desarraigó a Heine más que en apariencia. El mismo se manifiesta a menudo en este sentido. Por afinidades profundas, quedó vinculado a la tierra de “la patria invisible”. En ciertos pasajes de *Atta Troll*, de *Rabino de Bakerah*, de *Intermezzo lírico* y, sobre todo, en esas encantadoras *Melodías Hebraicas*: “La princesa Sabath”, “Jehuda ben Halevy”, la “Disputa” —que he leído primero en la excelente versión rumana del malogrado Barbu Nemtzeanu— volvemos a encontrar la pasión concentrada, la experiencia milenaria, el orgullo de “raza”, pero también esa dolorosa ternura que hizo del autor del “Romancero” uno de los más grandes poetas del siglo XIX. El no es anticuado, en la embriaguez verbal del modernismo. Hasta en el ciego asalto del odio y de la difamación, su poesía conserva la frescura y la fragancia, como inalterable expresión de la belleza espiritual y de la ironía trágica, tan consoladoras cuando, de noche, después de la lucha y el cansancio cotidiano, uno puede abrir el *Libro de los Cantares*...

El caso de Israel Zangwill se también significativo en relación con los escritores judíos silenciados o repudiados por los celosos guardianes de la tradición. Por su obra *La Voz de Jerusalén*, Zangwill se nos ha manifestado como una conciencia libre entre los grandes combatientes culturales de su

tiempo. Según este rebelde con amarga sonrisa, los profetas de Israel fueron hombres clarividentes, que impugnaban los problemas políticos y sociales con tanta energía y con una inspiración tan genial, que sus palabras permanecen válidas a través de todos los tiempos, en la humanidad entera. Un exégeta cristiano, P. L. Couchoud, considera a Zangwill como uno de los profetas modernos de Israel, *La Voz de Jerusalén* es, bajo un nuevo nombre, la voz inmemorial de Jehová. La han escuchado sus contemporáneos bajo el reinado de Jorge V de Inglaterra, lo mismo que antaño lo ha sido por los fanáticos creyentes, en los tiempos del juez Samuel y del profeta Oseas.

¿Es cierto lo que afirma el erudito francés? Entonces, hay que revisar el injusto juicio que ha situado a Zangwill al margen del judaísmo, cuando de hecho él lo mantuvo muy cerca de su corazón. No quiso "ser complaciente", agradar a los que "hacen la opinión pública". Proclamó la verdad, la de su conciencia, arrojando con firmeza los problemas apremiantes del mundo moderno. Mostró claramente los vínculos entre el judaísmo y el cristianismo, y cuando habló, con grave advertencia, sobre el porvenir del sionismo, habló también sobre el porvenir de la humanidad. Zangwill ha sido realmente un profeta, y no un sacerdote. Por eso pudo criticar, libre y valientemente, ciertos errores y prejuicios que aún persisten en el judaísmo. Algunas de sus predicaciones, confirmadas por los acontecimientos, no eran, empero, fulminantes como las de los antiguos profetas, sino impregnadas de poesía, de ese lirismo moderado por el *humour*, síntesis de la flemma británica y del sarcasmo judío, que caracterizan casi todas sus obras.

Pero volvamos a Stefan Zweig. Ya hemos visto que los tradicionalistas lo han situado al margen del judaísmo y hasta le han negado la calidad de judío porque se suicidó. No obstante, este tema no puede ser limitado a la ética judaica.

“Evidentemente —escribe el brasileño Costa Rego (8)— el suicidio es una fuga”, lo que es exacto también cuando “la sociedad se descristianiza y la civilización es excesivamente materialista”. Se podría explicar el caso de Zweig “sin apelar a ninguna de esas verdades”, tratándose más bien de una psicosis que desvastó un cerebro consagrado a las obras de “equilibrio y belleza”. La sociedad y la civilización, de cualquier índole, no impiden los accidentes de este género, que son individuales y patológicos. “Mis fuerzas se han agotado”, escribió Zweig, “sin pedir a nadie el diagnóstico en relación con su mal. Accidente, puro accidente” concluye Costa Rego que, por otra parte, afirma que el sacrificio voluntario de Zweig tiene un fondo simbólico: “sugiere más bien la resistencia que el abandono; indica al mundo estupefacto un deber”, que parece una capitulación, pero que es en realidad una protesta contra la injusticia y los horrores de nuestra sociedad” (9).

Ernesto Feder, que conversó con Zweig en sus últimos días, precisa que la primera razón por la que no podía soportar esta “vida horrible”, es la de que “sufría, tal vez más que ningún otro” —como le dijo él mismo— “por las penas y las humillaciones a los cuales están condenados millones de individuos, naciones enteras, culturas milenarias. Para ser sincero, debo consignar que él no hacía diferencia entre la persecución a los judíos y la persecución a los católicos. Lo que le importaba, eran el hombre y la civilización”.

---

(8) En la recopilación de documentos y artículos “Vida e morte de Stefan Zweig” publicada por Raúl de Azevedo, ed. “Aspectos”, Río de Janeiro, 1942.

(9) De un modo totalmente contrario, con sádica fruición, quisieron explicar el suicidio de Petrópolis los nazifascistas. Recuerdo un artículo de I.P. Pruideni en “Porruca Vremü” (El mandato del Tiempo) de Bucarest, el diario de los legionarios. Según el siniestro *huligan* que manejaba la pluma como un puñal, este suicidio no era otra cosa que la confesión desesperada de la derrota del pueblo de Israel. En aquel entonces (1942), ninguna salvación existía ya para “el enemigo de la humanidad”. Israel había cumplido su destino, y Stefan Zweig mostraba a sus “correligionarios el único gesto que podían realizar todavía”...

Pero, añade Ernesto Feder en sus recuerdos personales “el innoble antisemitismo de un país (Alemania) que tanto debe a los judíos, y el de otros países contaminados por ese mal; las interminables angustias de sus correligionarios en una gran parte de Europa, pesaban demasiado sobre él, si bien su situación internacional y su reputación mundial no tuvieron que sufrir mucho”.

En cuanto a las vinculaciones personales con los judíos, basta leer algunas páginas de su *Mundo de Ayer*. Especialmente la página sobre el doctor Theodor Herzl, el fundador del sionismo político, quien, como redactor del gran diario vienés “*Neue Freie Presse*”, facilitó la colaboración del joven Zweig en la sección literaria. Ese idealista clarividente, con su barba de sacerdote y sus ojos oscuros y melancólicos, le parecía a Zweig “un rey del Sión”. Ha observado durante años la tragedia íntima de Herzl, tan poco comprendido al principio hasta por los suyos. Pero, en 1904, cuando la noticia de su muerte inesperada se difundió en el mundo “nunca se sintió más nítidamente —dice Zweig— que entonces cayó el jefe de un gran movimiento, cuyo valor en las disputas y contiendas públicas no fue bastante percibido”. Su entierro “fue un cortejo inmenso”. De repente Viena notó que había muerto, no un simple escritor, sino “uno de aquellos creadores de ideas, que sólo con grandes intervalos aparecen triunfantes en un país, en un pueblo”. En el cementerio, la enorme masa de personas que acudió de varios países, “se acercó súbitamente al ataúd, sollozando, en una desesperación brutal y explosiva; hubo casi un acceso de locura, de furia. Una especie de tristeza extática, como nunca ví... hizo cesar todo orden. Por ese dolor inmenso, irrumpido abruptamente de lo más íntimo de millares de personas, pude apreciar por primera vez cuánto entusiasmo y esperanza suscitó en el mundo aquel hombre, mediante la fuerza de una sola idea”.

Aquel que ha intuido el porvenir de esa idea sionista, no podía “desinteresarse” —como afirman algunos nacionalistas— del pueblo judío, masacrado cuatro décadas más tar-

de en los países dominados por el nazi-fascismo. Stefan Zweig estaba entonces en su refugio de Brasil. En una reunión de "solidaridad racial", estando presente el célebre escritor, éste contestó a las "cariñosas demostraciones de amistad" —según el informe publicado en el diario "Imprenta Israelita" de Río de Janeiro—: "A nosotros, como hombres y especialmente como israelitas, no nos es permitido ser felices. Porque hay en el mundo excesivos infortunios, y de estos infortunios una parte centuplicada pesa sobre nuestros hermanos". (Recordemos aquí una foto que muestra a Zweig, con la cara cubierta por las manos juntas, escuchando a Emil Ludwig que denunciaba en el Congreso del P. E. N. Club de Buenos Aires, en setiembre de 1936, los asesinatos cometidos por los hitleristas en Alemania) (10).

Relatando el doloroso espectáculo de esos años, cuando los judíos perseguidos en casi todos los países europeos buscaban una salida hacia los rincones más apartados, en otros continentes, M. Paulo Filho, Director del diario "Correio da Manhã", dice que Zweig "se quedó perplejo, abismado, horrorizado". Pero, como psicólogo sutil, sabía que no basta con protestar, desde estas tierras, lejanas de los focos del nazismo. ¿Por qué protestar? "Desde la destrucción del Templo —dijo— es ésta la hora más difícil, la más dura prueba para el pueblo israelita. Y debemos pensar cómo soportarla y sobrevivirla". Y el escritor tomó la actitud "del perfecto buen sentido. En vez de protesta, unión. Pero unión con fines generosos, altruistas. Todos para uno y uno para todos". Los judíos dispersos, fugitivos, carecían entonces (1939-1942) de patria, de derechos, de protección "y nadie puede asistirlos, salvo nosotros mismos —insistía Zweig—. Sólo lo que nos-

---

(10) "Yo también conocí personalmente a Stefan Zweig en el P.E.N. Club de Buenos Aires, en el año 36, y precisamente la foto de la Revista "Sur" me recuerda aquella tarde en que vi llorar a ese hombre tan sensible e injustamente perseguido por la ignorancia y perversidad desencadenada en este siglo XX". (De una carta de la poetisa uruguaya Maruja González Villegas, julio de 1955).

otros hacemos para ellos, es en su beneficio"... "Tal vez, esta hora de dura prueba podrá pasar solamente si estamos decididos a enfrentarla con el alma fuerte, con el corazón abierto y con la mano generosa — y sólo deseo que, en los días venideros, contando a sus hijos algo sobre esta hora trágica, cada uno de vosotros podrá decir: hemos soportado esta prueba, la más dura de nuestra historia, ayudándonos mutuamente. Yo también he dado mi parte".

Este fue el verdadero mensaje de Zweig a sus "hermanos de raza". Era evidente su fe en la resurrección. "Confía en la victoria... Aconsejaba, sugería, indicaba, sin dejarse vencer por la desconfianza". En el mismo sentido se expresa Raúl de Azevedo en el prólogo de su libro de testimonios: "Tenía fe y esperanza. Sabía que vendría la victoria... Alma cansada. Dolorida. Luchó mucho contra la Fuerza que pretende avasallar y dominar el Derecho. Por eso fue uno de los hombres más perseguidos. Fue calumniado. Fue expatriado. Era de hecho, el Judío Errante de nuestro infeliz momento".

¿Ha sido comprendido por los suyos? A esta pregunta M. Paulo Filho contesta con amargura: "Era, en el fondo, la palabra de un literato. Y los judíos que viven entre nosotros (en Brasil) no difieren mucho de las personas comunes que ven en la literatura una cosa de poca consistencia y con vagos resultados, a pesar de ser generalmente considerada como el espejo de las sociedades".

Y este gran literato que incitaba a sus "hermanos de raza" a unirse en la desgracia, que aconsejaba y fortalecía a todos, no ha pedido ni ha encontrado para él mismo consejo o consuelo salvador. Dueño de su propio destino, "tomó la delantera". Los judíos de Brasil, aunque no lo hayan aceptado por completo, han comprendido finalmente la gran enseñanza ética del autor de *El Candelabro enterrado*. En su entierro, el rabino pronunció el *Kadish* tradicional, en el cementerio de Petrópolis. En un cementerio no judío. Pues sus restos mortales debían descansar allí, donde vivió sus úl-

timos años: así lo quiso la multitud de amigos y lectores desconocidos, todos los que, en el umbral de la muerte, olvidaron, por momento, las vanas querellas religiosas o “ideológicas” (expuestas por M. Paulo Filho en un extracto de “Memorias de João Paraguassú”, en “Correio da Manhã”, 6 de febrero de 1955: llamaban a Stefan Zweig “judío que abandonó su patria para profesar el ateísmo materialista”... “atribuían a la obra del escritor propósitos de disolución social”... “le negaron la ciudadanía brasileña”... a este “hereje” de la humanidad, a este defensor de la tolerancia y la libertad del pensamiento, que ha consagrado dos libros a los grandes humanistas Erasmo de Rotterdam y Castello, perseguido por Calvino).

A la sombra de una roca, bajo el sol ardiente, el “cazador de almas”, el poseído por ese *amok* del espíritu, ha encontrado por fin la paz, junto a su Lotte. En ocasión del décimo aniversario de la muerte, he pedido a un amigo que deposite, en nombre mío también, algunas flores sobre la tumba. Este amigo me escribió, entre otros detalles, que sobre la lápida funeraria el nombre de Stefan Zweig está grabado también en letras hebraicas. El gran desterrado que abandonó este mundo porque sus fuerzas, “como consecuencia de largos años de peregrinación sin patria, se han agotado”, descansa bajo los signos tutelares del idioma original de la Biblia.

Un miembro de la Academia brasileña, Claudio de Souza, amigo del autor de esta hermosa obra titulada: *Brasil, país del porvenir* <sup>(11)</sup> y que ha escrito conmovedores recuerdos sobre los últimos días de Zweig, me comunicó, en su carta del 4 de mayo de 1952, algunos hechos muy significativos. Transcribo un fragmento:

---

<sup>(11)</sup> “Antes de quitarme la vida por mi propia voluntad — escribía Stefan Zweig en su declaración testamentaria— siento la necesidad de cumplir un último deber: el de agradecer profundamente a este país magnífico, el Brasil, que nos haya dado, a mí y a mi trabajo, una hospitalidad tan amable y acogedora... Cada día he aprendido a amar más y más a este país y en ningún otro me hubiera gustado más reconstruir radicalmente mi existencia”.

“Zweig murió en su casa de Petrópolis; y ahora esta casa está en venta. He tratado de ver si nuestro gobierno podría adquirirla para un museo. No encuentro interés, a pesar de todo lo que el Brasil le debe. Una suscripción popular tendría el mismo resultado negativo, y eso sería doloroso para nosotros, sus fieles amigos. El P.E.N. Club ha obtenido que la Municipalidad de Río de Janeiro dé su nombre a una calle. Tratamos de obtener lo mismo en Petrópolis. Fue una lucha tremenda contra los clericales, que lo acusaban de judaísmo... Como si Cristo no hubiese sido judío... Ganamos la lucha. La ley fue votada y aprobada hace dos años, y hasta hoy el Prefecto no la ha ejecutado”.

Al año siguiente, durante mi viaje al Brasil (agosto de 1953), mi primer peregrinaje fue a Petrópolis a la tumba del maestro y amigo. Tenía razón el fiel anciano Claudio de Souza: “Ganamos la lucha”, y el resultado es el abandono, el silencio. Sobre la negra lápida polvorienta, apenas un manojo de flores marchitas. Y la casa del escritor, vacía durante diez años de “exorcismo”, está ocupada por otro inquilino. Nada del museo proyectado. ¿Y dónde están ahora sus últimos libros, sus manuscritos; sus pequeñas cosas diarias? Ya sabemos cómo se dispersó todo lo de su otra casa —verdadero museo— de Salzburgo, en el Tirol nazista... ¡Pero qué importa, si su obra está latiendo en innumerables corazones, si las manos de tantos lectores abren sus libros!

Las semanas vividas allá, en las alturas soleadas de Petrópolis, fueron para mí y mi esposa un coloquio reconfortante con la obra de Stefan Zweig. Y sólo un poema: *De profundis*, escrito meses más tarde <sup>(12)</sup>, es todo lo que me queda, testimonio del mundo perenne e idealizado que se vislumbra

---

<sup>(12)</sup> En el ciclo “Petrópolis”, incluido en el libro de poemas *En un lugar de los Andes*, versión castellana de Pablo R. Troise, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, Montevideo, 1960.

“más allá”, en la confusa meditación al margen de una tumba:

Es por tí que he venido desde otro continente  
Mis pasos van hollando tu último camino.  
Subo por el sendero pedregoso y soleado,  
pero el humo y la niebla se ciernen sobre mí.

Así empieza la evocación de la vida y la obra del autor de *Horas estelares*, que duerme a la sombra de una roca que protege su sueño cual Titán compasivo:

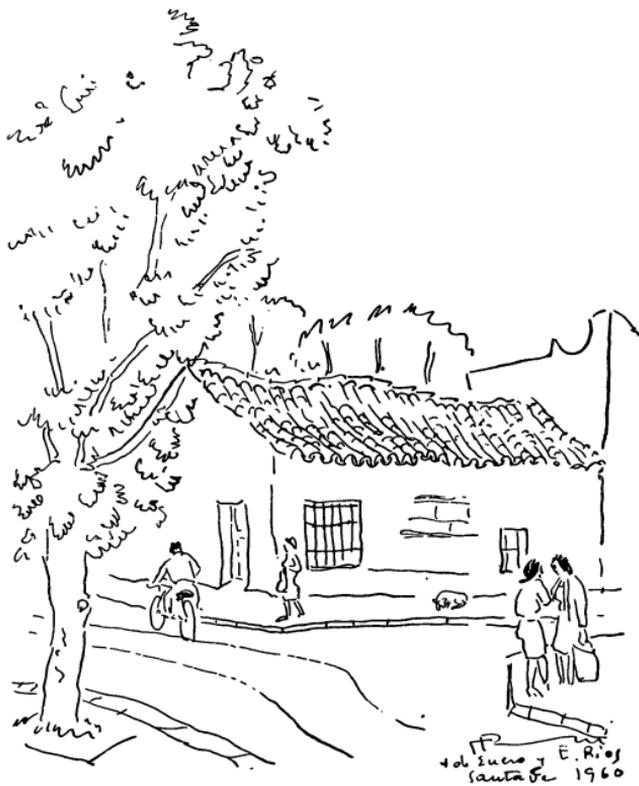
Tan firme como él mismo quisiera mantenerme,  
llevando en las espaldas la carga de la vida,  
Aspero, mudo y frío delante del destino,  
incommovible bajo los golpes del dolor. . .

Y ahora —en el vigésimo aniversario de su partida— podemos concluir: Stefan Zweig queda en nosotros y con nosotros, en la milenaria perspectiva trágica de la historia de la humanidad y de su pueblo, que está reconstruyendo su antiguo país sobre la tierra de sus profetas. El autor de *Constructores del Mundo* y de *Jeremías* ha sembrado, con la generosidad del creador y del visionario, sus ideas, sus sentimientos, sus verdades y sus anhelos de belleza, justicia y paz. Y nada se pierde, aun si las semillas de vida espiritual caen a veces en rincones oscuros y estériles. La vida sabe esperar. Y finalmente las semillas brotan, se levantan con sus tallos, con sus hojas y flores, para ofrecer a todos los hombres los frutos de la sabiduría y del amor.

EUGEN RELGIS

Gaboto 933, ap. 7, Montevideo,  
Uruguay





“4 DE ENERO Y ENTRE RIOS”  
Dibujo de Francisco C. Puccinelli

